

bam
bú

EL ÚLTIMO MUERTO



FERNANDO
LALANA

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2010, Fernando Lalana
© 2010, Editorial Casals, S. A.
Tel. 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Diseño de la colección: Miquel Puig
Ilustración de cubierta: Francesc Punsola

Primera edición: abril de 2010
Segunda reimpresión: febrero de 2013
ISBN: 978-84-8343-114-6
Depósito legal: M-13.396-2011
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S. A. Getafe (Madrid)



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Previo: el fin _____	7
Primera parte: la de Fermín	
Anteayer, 19 de julio, miércoles _____	15
El fin, de nuevo _____	49
Ayer, 20 de julio, jueves _____	50
Hoy, 21 de julio, viernes _____	84
23 de julio, domingo _____	118
24 de julio, lunes _____	124
Segunda parte: la de Elisa	
18 de julio, martes _____	143
19 de julio, miércoles _____	158
25 de julio, martes _____	184
26 de julio, miércoles _____	210
27 de julio, jueves _____	220
17 de julio, lunes _____	229
Epílogo: espera París _____	263

Previo: el fin

Ahí está, de nuevo.

Esta vez, creo que no tengo escapatoria. El monstruo me ha visto y viene a por mí. No tengo la menor oportunidad.

También es mala suerte... De las mil formas de morir que existen, me ha correspondido la más espantosa. La del monstruo. El monstruo de alas negras y rostro diabólico viene observándome desde hace rato. Estudiando desde el cielo mis movimientos, cada vez más torpes, cada vez más limitados, reducidos ya a casi nada. Ya no tengo fuerzas ni voluntad para escapar. Estoy a su merced.

Imagino que se abalanzará sobre mí y, sin dejar de sonreír, clavará sus garras justo a la altura de mi plexo solar y, lentamente pero con determinación, me arrancará el esternón y las costillas, que se astillarán en medio de chasquidos escalofrantes, alzando la tapa de mi caja torácica como el

capó de un utilitario, hasta dejar desprotegidos el corazón y los pulmones.

¿Qué ocurrirá entonces? ¿Comenzará a devorar mis vísceras sin por eso acabar con mi vida, como en el suplicio de Sísifo? O, tal vez la muerte llegue de improviso...

No, a ver, un momento, un momento... me parece que me confundo. Sísifo no era el de... No, claro: Sísifo era el de la piedra, ¿no? Aquel que empujaba una piedra monte arriba y siempre se le caía por el otro lado, que hay que ser torpe, y vuelta a empezar y así una y otra vez. Creo que es ese, pero tampoco estoy seguro. Tengo la mitología tan olvidada... Entonces... a ver: el tipo al que un pajarraco se le comía el hígado a picotazos y nunca terminaba... ¿cómo se llamaba? ¡Ah! ¡Prometeo! ¿Prometeo? ¿Pero Prometeo no era el de las alas de cera? ¡Ay, qué pena...! ¡Qué pena, que ya no me acuerde de estas historias! Qué mala cabeza. Qué mala cabeza la mía, con lo bien amueblada que llegó a estar en tiempos...

¡Oh, Dios, ya está ahí! ¡Ahora, ya! El monstruo se acerca definitivamente. El último ataque. El fin está próximo. Bate sus alas negras sobre mí, ocultando el sol de modo intermitente, mientras se aproxima, veloz. Lo oigo reír fuerte, a carcajada limpia. Eso significa que todo está a punto de acabar.

Dicen que, a un palmo de la muerte, desfila toda tu vida ante tus ojos en un instante, como en una película proyectada a cámara rápida. Y, en efecto, compruebo que es cierto. Aquí viene el NO-DO y, enseguida, el largometraje, todo condensado en un par de segundos: la primera infancia, en

brazos de mi madre, cuentos de ogros a la hora de dormir. El colegio, en el que mis compañeros me soportaban porque, aunque era el primero de la clase, sabía jugar al fútbol y eso me redimía de mi condición de empollón. Luego, la Universidad donde, allí sí, todos me odiaban ya sin tapujos. Los alumnos, porque sacaba las mejores notas y no quería prestar a nadie mis apuntes. Los profesores, porque con frecuencia sabía más que ellos y se lo demostraba sin compasión cada día, en cualquier circunstancia. Más tarde, acabados los estudios, mi corta carrera como profesor agregado, la bronca pública con el catedrático Malumbres, el expediente sancionador, la expulsión de la Universidad, el divorcio de Lorena –cuatro años de novios, apenas uno de casados y ahora ya dieciséis de separación– que no pudo soportar la vergüenza de todo aquello. Porque me había casado, sí. Aunque ahora me parezca imposible, me había casado con Lorena. Un matrimonio que, con el paso del tiempo, tan solo es ya un recuerdo impreciso. Niebla en la memoria. Pelusas en el fondillo de los pantalones. Luego, el cursillo teórico-práctico de detective privado por correspondencia. Bendita academia CEAC. Y mi primer caso: el secuestro del empresario Serafín Galindo, que se saldó con un rotundo éxito. Aún no sé si fue una suerte o una desdicha. De no ser así, de haber comenzado con un fracaso inapelable, quizá habría reconducido mi vida hacia la venta de aspiradoras a domicilio –mi otra gran pasión– y ahora no estaría a punto de morir. Pero logré resolver el asunto Galindo con inesperada brillantez y pensé que servía para esto. Me creí Sam Spade. Phillip Marlowe. Hércules Poirot.

Como ocurrió años más tarde, cuando conseguí evitar la destrucción de la Amsterdam Solitaire, la estilográfica más cara y exclusiva del mundo. Y como repetí hace algo menos de un lustro, con la impecable resolución de la desaparición de aquel joven ingeniero encargado de una de esas máquinas gigantescas que se utilizan para perforar los túneles del metro.

Bien. Y eso es todo. De cincuenta meses hacia acá, nada de nada. Y, en conjunto, una paupérrima trayectoria como investigador. Tres éxitos en quince años de carrera profesional. Y, encima, sin la posibilidad de llegar a más, pues parece que aquí se acaba todo, definitivamente. Meta. Punto final. Callejón sin salida. Bye, bye, blackbird.

El monstruo ya está junto a mí. Veo sus odiosos ojos redondos, fijos, amarillos pero inyectados en sangre; las mandíbulas poderosas, como el pico de una rapaz; las alas negras, como las del ángel caído; y cómo apesta, por dios bendito... ¿Así huele la muerte? Qué sorpresa y qué desilusión. Tanto pensar en ella, tanto imaginarla y, por fin, va a resultar que la muerte es, ante todo, insoportablemente hedionda. Vaya chasco.

Solo quedan unos segundos. Unos escasos, espesos, lentísimos segundos.

Me pregunto si alguna vez encontrarán mi cuerpo. O, al menos, los escasos restos que desprecie la voracidad del monstruo. Y, si lo hacen, si dan algún día con mi cadáver... ¿qué frase mandarán cincelar en la lápida de mi tumba? ¿«Breve profesor universitario»? ¿«Marido desastroso»? ¿«Odiado condiscípulo»? ¿Nada en absoluto?

De haberlo sabido, habría encargado a alguien mi epitafio. Al comisario Souto, probablemente. Ya que nadie nunca me llevará flores, al menos que todo el que pase por allí pueda saber quién fui. Un buen epitafio puede suponer la diferencia entre el olvido infinito y la gloria eterna. Perdonen que no me levante.

Me llamo Fermín Escartín. Soy detective privado.

Y mucho me temo que ha llegado mi hora.

Primera parte: la de Fermín

Anteayer, 19 de julio, miércoles

Callos

–Escartín, te llaman al teléfono.

Alcé la vista y apoyé el índice derecho sobre mi pecho.

–¿A mí? ¿Aquí? ¿A estas horas? ¿Quién es?

–¿Y a mí qué me cuentas? Contesta de una vez y te enterarás.

–No. No me apetece. Di que no estoy, anda, haz el favor.

–De eso, nada. Ya he dicho que sí estabas y no pienso desdecirme y quedar como un memo. Además... ¿no lo has pensado? ¡Puede tratarse de un cliente!

–Pero, hombre, es que... se me van a enfriar los callos que, por cierto, están buenísimos.

–Ya te los recalentaré. Va, levántate y contesta.

–Pero...

–¡No discutas, demonios! Un cliente significa la posibilidad de ganar dinero. Dinero que podrías utilizar en pagarme parte de lo que me debes.

–¡Ah, vamos...! Ya entiendo. Pareces preocupado por mi situación pero, en realidad, estás velando por tus intereses, ¿no? ¡Qué egoísmo el tuyo, Nemesio! ¡Qué egoísmo!

Nemesio me lanzó una mirada fulminante mientras se limpiaba las manos en el delantal.

–Te recuerdo que, contando el que te estás comiendo, me adeudas ciento dieciséis menús del día.

Me quedé perplejo. Ignoraba que Nemesio llevase la cuenta de memoria.

–¿Tantos? –suspiré.

–Y tan calvos –dijo Nemesio, que siempre ha utilizado las frases hechas de manera harto arbitraria.

–Vale, vale... reconozco que llevo una mala racha. Una larga mala racha. Pero en cuanto coincidan en mi vida un buen caso y un cliente solvente, te pagaré hasta la última patata frita. Hasta el último trozo de huevo duro. Hasta la última aceituna. No lo dudes ni por un instante.

Y, tras esa digna declaración de intenciones, me bebí de un trago los tres dedos de vino tinto que quedaban en mi vaso, me limpié los labios cuidadosamente con la servilleta, me levanté de la mesa y me dirigí al fondo de la barra, donde descansaba, cubierto por dos décadas de mugre grasienta, el teléfono público del establecimiento.

–Diga.

–Fermín, soy Damián Souto.

Tardé un par de segundos en hilar voz, nombre y el recuerdo de un rostro humano.

–¡Comisario! ¡Qué inesperada sorpresa! Me alegro mucho de oírle. ¿Cómo me ha localizado?

–Ya sabes: la policía no es tonta. Además, que tampoco eres Osama Bin Laden. Que yo recuerde, llevas más de una década comiendo a diario en La Comadreja Parda. A estas horas, es más seguro localizarte ahí que encontrar palomas en la plaza del Pilar.

Souto, cada día más irónico. Había que replicar.

–Compréndalo, comisario: una vez inmunizado frente a la comida que prepara Nemesio, que mis esfuerzos me ha costado, tengo miedo de que cualquiera otra pueda sentarme mal. Pero, diga, diga qué se le ofrece, que me ha pillado en mitad del segundo plato; que, por cierto, está de rechupete. Callos a la madrileña, no le digo más.

Mi viejo amigo Souto, que debía de andar ya cercano a la edad de la jubilación, carraspeó largamente antes de proseguir.

–Verás, Fermín... ahora no sé si debería haberte llamado, pero... he pensado que te gustaría saberlo.

–Saber, ¿el qué?

–Lo que... lo que tengo que contarte.

Guardé silencio, esperando que el comisario se decidiese. Pero no terminaba de hacerlo. Así que volví a intervenir.

–Tanto misterio está empezando a preocuparme. Y, además, supongo que se trata de algo urgente porque, si no, me habría usted llamado a mi casa.

–¿Cómo voy a llamarte a tu casa si hace dos meses que tienes cortado el teléfono por falta de pago?

–¿En serio?

–Me lo han confirmado los de la compañía telefónica.

–¡Atiza...! De modo que era eso. ¡Claro! Ahora entiendo por qué todos los números a los que llamaba, estaban siempre comunicando.

Oí suspirar a mi amigo a través del auricular.

–Me alegro de que te lo tomes con humor. Pero eso me indica que las cosas no te van demasiado bien.

El bueno de Souto, siempre tan agudo.

–Estamos en plena crisis, comisario. La gente prefiere dejarse estafar por su socio que contratar detectives para evitarlo. Le sale más barato. Son malos tiempos para la investigación privada. Y ahora... ¿quiere decirme de una maldita vez por qué me ha llamado?

–De acuerdo, de acuerdo... Verás: el caso es que, al repasar esta mañana la lista de las denuncias presentadas ayer en la comisaría... he visto que una de ellas había sido interpuesta por una tal Lorena Mendilicuenta. Como ese apellido no es muy corriente por estos lares... he pensado que había muchas posibilidades de que se tratase de la misma Lorena Mendilicuenta que tú y yo conocemos. Me refiero a tu mujer. Tu ex mujer, quiero decir.

En un segundo, sentí cómo me invadía una oleada de ira.

–¿Qué me está usted diciendo? –mascullé, haciendo chirriar los dientes–. ¿Que Lorena me ha puesto una denuncia en su comisaría? ¡No puedo creerlo!

–¿Qué? Espera, espera...

–¡No puede ser, comisario! –grité, furioso–. ¡Pero si volvió a casarse hace apenas un año! ¡Y con un tipo rico! Un abogado famoso. ¡Ya no tengo obligación de pasarle la pensión de divorcio! ¡Y cuando me anunció su boda, me

aseguró que todo lo que le debía quedaba olvidado! ¡Que daba mi deuda por saldada!

—¡Cálmate, Fermín, haz el favor!

—¿Que me calme? ¡No me da la gana de calmarme! —declamé, sobreactuando como un actor de la vieja escuela—. ¡Espere a que me eche a la cara a esa maldita extorsionista! ¡Seguro que su nuevo marido picapleitos es quien la ha convencido para...!

—¡Digo que te calmes porque la denuncia no es contra ti!

Mi puño cerrado quedó en el aire. Una vez más, me había precipitado en mis conclusiones. Había vuelto a hacer el ridículo.

—¡Ejem...! ¿Cómo...? ¿Que la denuncia no es contra mí? ¿Contra quién, entonces?

Oí gruñir a Souto al otro lado de la línea.

—Contra nadie. Lorena vino ayer a comisaría a denunciar, precisamente... la desaparición de su marido.

Durante unos segundos me quedé sin habla. Por fin, exclamé:

—¡Atiza...!

Y, a continuación, un largo e incómodo silencio circuló por los cables telefónicos entre el bar-restaurant La Comadreja Parda y la comisaría de centro. Silencio que, finalmente, rompió Damián Souto.

—Como comprenderás, por mi vieja amistad con Lorena, voy a dar instrucciones a los chicos para que se tomen todo el interés posible en este asunto pero... no vamos a engañarnos, Fermín: en esta época del año tengo a muchos agentes de vacaciones y andamos justitos de efecti-

vos. Por eso he pensado que quizá, solo quizá, podrías... echarle tú una mano. O echármela a mí, según se mire.

Sentí una punzadita en la boca del estómago.

–Comisario... ¿me está pidiendo que ayude a mi ex mujer a localizar el paradero de su actual marido? Eso sería más de lo que mi orgullo me puede permitir. Le recuerdo que fue ella quien se largó de casa, dejándome tirado.

–¡Oye! Yo no te estoy pidiendo nada –respondió el comisario, calmadamente, pero con un puntito de irritación en la voz–. Te cuento lo que hay. Tú verás lo que haces.

Y colgó.

Yo, por el contrario, permanecí durante el siguiente minuto y medio como un idiota, con el auricular en la oreja, escuchando el sonido intermitente que delataba mi soledad telefónica, hasta que Nemesio se me acercó y agitó la palma de la mano ante mis ojos.

–¿Qué pasa? –pregunté, parpadeando, al cabo de unos segundos.

–Te has quedado como pasmado.

–¿Yo?

–¿Era un cliente? ¿Tienes un caso?

–¿Eh? Ah... no. No hay caso. Bueno, sí. Quiero decir que... quizá tenga un caso, pero no un cliente. Al menos, un cliente de los que pagan. Así que me temo que tendrás que apuntarme también esta comida en mi cuenta.

Nemesio chasqueó la lengua, con evidente disgusto.

–Vaaale. Te recaliento los callos, entonces.

–Gracias.

Pavonazo

Al terminar el plato, no quise postre ni café. Con una extraña sensación en el cuerpo, mezcla de inquietud, curiosidad y malos presentimientos, decidí regresar de inmediato a mi casa.

 Mi casa.

 Mi casa no era otra que el piso de la calle de los Estébanes, en pleno casco viejo zaragozano, que mi padre me dejó en herencia y en el que viví casi tres años con Lorena. Los mejores años de mi vida, dicho sea de paso.

 Al llegar, decidí subir las dos plantas andando. Odio hacer ejercicio físico pero es que la casa es antigua y nunca ha tenido ascensor.

 Abrí la puerta y, tras cruzar el umbral, el apartamento se me antojó más desordenado, sucio y solitario que nunca. Olía a cerrado, a moho y a abandono. A zotal, también.

 Opté por abrir el ventanuco de la cocina en un intento de renovar el aire viciado de la vivienda y, al hacerlo, me topé con la eterna figura de Horacio, mi vecino de enfrente, asomado a su ventana, al otro lado del estrechísimo patio de luces; ataviado con su eterna camiseta de tirantes, cada día más mugrienta; intentando resolver, fruncido el ceño, un descomunal pasatiempo de palabras cruzadas. Aquel crucigrama gigante era la única ocupación que yo le había conocido en todos estos años.

 –Horacio...

 –¡Hola, profesor! –me saludó con alegría–. Te estaba esperando. A ver si puedes echarme una mano con el crucigrama.